

### Resumen

Este texto es una narrativa que está enfocada en mostrar una forma de hacer educación social en los liceos, se plantean algunas ideas y reflexiones surgidas a partir de la propia experiencia pero que pueden leerse como esbozos de propuestas.

La narrativa, fue escrita en octubre de 2017 como parte del Informe Final de la asignatura Práctico III de la Carrera en Educación Social. En mi caso, desarrollé la práctica en un liceo de Montevideo que cuenta con 300 estudiantes aproximadamente, distribuidos de primer año a cuarto.

Esta narrativa está escrita en primera persona, se trata de una escritura implicada que es producto de pensar mi propia experiencia y de querer mostrar el sentido que personalmente le atribuí. A continuación se encontrarán con algunas ideas y reflexiones entrelazadas con situaciones, estados y sentimientos vivenciados durante la práctica.

Las primeras semanas en el liceo fueron chatas, aburridas, tediosas. Ni los profesores ni los funcionarios, ni los estudiantes sabían qué íbamos a hacer ahí, y yo misma tampoco. Mis horas en el liceo se iban contándole a la gente lejanas posibilidades de acción, explicando que es un campo que se está construyendo, que vamos haciendo camino al andar, que nadie nos dice qué es concretamente lo que tenemos que hacer, que estamos conociendo, que en principio estamos viendo cuáles son los intereses y necesidades, que hay tres funciones del educador social, etcétera, etcétera. Todos estos primeros pasos quizá necesarios, dejaron de ser útiles y se convirtieron en una complicación cuando se extendieron en el tiempo, cuando por momentos empezaron a parecerse a la propia tarea. Recuerdo

que cuando compañeros de clase me preguntaban “cómo vas con el liceo”, yo solía contestar “bien, ahí, me cuesta encontrar la forma...No sé, es como que no encuentro cómo...”. Pasaban los días y yo no encontraba la forma, no encontraba la forma de vincularme con los profesores ni de encontrarme con los chiquilines, no encontraba la forma de hacer lo que pensaba, no encontraba la forma de habitar el espacio ni de organizar el tiempo, no encontraba la forma de hacer educación social ahí dentro. Esto me ponía mal, me cansaba no encontrar la forma, no poder hacer.

Sin embargo, un día me di cuenta que había encontrado una forma. No recuerdo bien cómo fue el proceso, sino que más bien lo evoco como un día en el que tomé consciencia, casi como un salto. Así que de esa forma lo presentaré acá:

Un día salí del liceo cansada, embarullada y presionada, y noté que la naturaleza de estos estados había cambiado, ya no era el cansancio de la imposibilidad de acción, ahora estaban pasando cosas, lo que había proyectado y pensado en un inicio, se estaba concretando; ¡y lo que no hubiera pensado también! Mi cansancio tenía unas nuevas causas, ya no era el cansancio producido por la desgana y el hastío. Sin ser del todo consciente, había encontrado una forma de hacer educación social en ese liceo. Las andanzas de esa forma es lo que quiero contar en esta narrativa.

En algún momento, no recuerdo bien cuándo ni cómo, noté que todas las veces en las que había logrado «hacer» compartían un patrón común: mi forma de acercarme a las personas con las que quería encontrarme, mi forma de acercarme y mi forma de creer en ese encuentro. Mi forma de saber que allí estaría, aunque todavía no estuviera. A partir de ese momento la estrategia siempre fue la misma: salir al encuentro.

Cuando tomé consciencia de esto me fue imposible pensar en una semana



de trabajo en la que no me comunicara con alguien de fuera del liceo, en la que no hiciéramos un paseo o visita, en la que no fuera a buscar algo, en la que no coordinara con algún docente, en la que no me encontrara a contraturno con los chiquilines... Siempre algo de eso estaba en juego, en todas las semanas algo de eso sucedía, entonces empecé a sentir la gratificación de la tarea. Salir al encuentro con los otros empezó a ser mi forma de hacer educación social, pude organizarme y autoexigirme todas las semanas encontrarme (o comunicarme) con algunos estudiantes, con algún actor del liceo y con alguien de afuera; esos tres tipos de encuentros empezaron a definir mi quehacer. Poder hallar este modo fue tan determinante que hoy día puedo decir que recién en ese momento empecé a sentirme bien en el liceo, recién ahí me empezó a gustar la práctica, recién ahí empecé a disfrutar lo que hacía.

Recuerdo que una de las cosas que me hizo ver esta forma de hacer que se estaba esbozando, fue notar que el cuaderno que utilizaba para distintas anotaciones del liceo, se había empezado a llenar de nombres, teléfonos, mails y direcciones; a tal punto que tuve que cambiar la forma de registrar los contactos de todas las personas/lugares con los que me comunicaba una vez, porque sabía, que la mayoría de las veces, a ese primer encuentro le sucedería otro.

Lo fundamental fue tomar la iniciativa, tirarme al agua. Dejar de esperar que las cosas llegaran, dejar de esperar a que las cosas pasaran, y empezar a salir a buscarlas, a hacerlas pasar. Como ya conté antes, en un inicio nada sucedía porque yo me dedicaba a contar y a explicar.

Un día estaba en la biblioteca, terminaba o empezaba una coordinación y una profesora se acercó y me dijo “ta, pero ustedes qué es bien lo que hacen” – la tónica de su pregunta me increpaba. No recuerdo exactamente cuáles fueron mis palabras, pero sí sé que empecé a explicarle, casi como quien escribe

la respuesta de un parcial cuando la pregunta es sobre el rol del educador social. Entonces ella me interrumpe y me dice “ta, pero por ejemplo ¿trabajan con los chiquilines que tienen problemas? Porque Luciano por ejemplo, que viene con hambre...”. Otra vez su pregunta me recriminaba y otra vez mi respuesta no respondía. Le contesté que nuestra especificidad era lo educativo pero que también trabajábamos tratando de generar las condiciones mínimas para que lo educativo tenga lugar. Mi respuesta fue una especie de “sí pero no”, típica respuesta de esos primeros momentos cuando desesperada porque algo me llegara y desesperada por poder aferrarme a ello, explicaba qué es lo que hacemos pero con muchas salvedades. Como ya dije, no recuerdo exactas las palabras que usé, pero sé que volvió a ser una respuesta desanclada del liceo y de su pregunta, una respuesta casi genérica y en un lenguaje muy propio de la educación social, quiero pensar que no le expliqué las benditas áreas de soporte, pero realmente no tengo certeza de ello. Su respuesta fue decir “ta, ta” mientras se daba vuelta y se retiraba moviendo la mano derecha por arriba del hombro también derecho.

En ese entonces yo aún contaba qué era lo que hacíamos, al mismo tiempo que decía que nadie nos indicaba qué hacer concretamente y que la presencia de educadores sociales en los liceos es algo relativamente nuevo. Los encuentros no sucedían por eso mismo, porque un encuentro contado no es un encuentro, explicar es pasar información, no es encontrarse; encontrarse es estar juntos, implicados ambos, es estar siendo juntos, el uno por la presencia del otro. Para esa profesora, mi presencia que explica o la lectura del documento de funciones del educador social, hubiesen sido lo mismo.

Los verdaderos encuentros empezaron a suceder cuando yo empecé a salir a buscar, cuando tomé la iniciativa de buscar sabiendo que iba a encontrar. Así fue con el comienzo del club de lectura. Después de pensar varias alternativas,



me decidí por convocarlos leyéndoles en los recreos. Pensé bastante qué texto leer y un día recordé un libro que se llama “Cuentos de 3 minutos” que leía de niña. Encontré el cuento ideal, tardaba poco más de un minuto y medio en leerlo y funcionaba excelente para invitar a un club de lectura. Empecé a salir a los recreos, iba a un encuentro intencionado, me cruzaba con un grupito de chiquilines, y la situación era esta:

- Hola!

- Hola!

- Conocen el cuento de la escalera resbaladosa?

- No...

- No lo conocen??! [entonces empezaba a leer] “Este es el cuento de la escalera resbaladoza... no se dice resbaladosa, se dice resbaladiza...pero esta es resbaladoza... (...) los cuentos tienen que servir para charlar un rato con un amigo. Y este sirvió? Claro, no estamos conversando hace algunos minutos?”.

Lunes 13:30 en la biblioteca. Va a haber más cuentos y juegos.

Leía el cuento de principio a fin, sin interrupciones. Ellos se reían y me preguntaban, me querían cortar para saber qué estaba pasando, me preguntaban por qué hacía eso, se reían de mí, se reían del cuento, miraban para los costados. Yo no dejaba que nada me interrumpiera, y cuando algo me preguntaban, más me apasionaba con la lectura. Cada algunos párrafos levantaba por un par de segundos la mirada mientras contaba esas palabras de memoria, entonces veía sus caras de perplejidad e intriga y yo les devolvía una mirada cómplice. Cuando terminaba de leer siempre había risas y yo les decía el día y la hora del club de lectura. La mayoría hacía algún comentario sobre el cuento y algunos me pedían otro en el siguiente recreo.

Me daba vergüenza hacer eso, mi actitud no lo demostraba pero yo sí lo sentía. Mientras leía se escuchaban comentarios como “está re loca esta”, “qué hace” “y esto por qué” o comentarios por el estilo, en esos momentos me invadía una especie de calor interno y se me aceleraban las pulsaciones. Sin embargo, esa vergüenza me duró tres recreos, al cuarto recreo ya me sentía la cuentacuentos oficial del liceo. Me había dado cuenta que la búsqueda era así, que esa forma de buscar era la forma de encontrar y el convencimiento fue tal que también me busqué y me encontré haciendo lo que no me hubiese creído capaz. La lectura en los recreos era una búsqueda que por sí misma ya era encuentro. No se trataba de pasar por las clases a contar que iba a haber un club de lectura los lunes 13:30, buscando quiénes podían interesarse y tratando de generar un futuro encuentro. Era morirme de la vergüenza por dentro pero salir a contar cuentos a los recreos, era buscar al mismo tiempo que encontrar. No era un acto diferido, era un estar siendo juntos, era encontrarnos en el momento en que los buscaba. Era de alguna forma buscar futuros participantes del club de lectura, pero era también encontrarnos, encontrarnos en torno a la lectura. Independientemente de su futura participación o no, cada uno de ellos estuvo una vez un minuto y medio compartiendo un cuento con alguien en un recreo, y esto fue por sí mismo un encuentro.

Esta experiencia es la que me llevó a pensar que las condiciones de búsqueda son las garantías del encuentro. Buscar sin la necesidad de contar con palabras qué es lo que se quiere encontrar o qué encuentro se quiere generar. Las condiciones de búsqueda que son garantías de encuentro son aquellas que nos exigen buscar haciendo, que implican al otro desde un primer momento, que no tratan de buscar al otro para después establecer un encuentro. Las condiciones de búsqueda que garantizan el encuentro exigen



buscar encontrando desde el inicio, las condiciones de búsqueda funcionan como garantías del encuentro cuando se fusionan, cuando se hacen un solo acto. Cuando las dos acepciones de encontrar se actúan al mismo tiempo, encontrar algo que se busca, hallar; y encontrar en tanto encuentro de personas que se juntan.

La afirmación “las condiciones de búsqueda son las garantías del encuentro” se sostuvo sobre la certeza de saber que siempre habrá encuentro, aunque hasta ese momento no haya sido imaginado, aunque otras personas puedan dudar de él, aunque parezca imposible. En el punto cero de pensamiento, en el último momento previo a que una idea se haga idea, todo existe y nada existe. Pero si desde ese punto cero sé que algo existe y voy a su búsqueda, en el punto uno o en algún punto del infinito, algo existirá y entonces lo encontraré, y entonces nos encontraremos. Mi predisposición a que siempre hubiera algo, a que siempre fuera posible, me llevó a imaginar lo que no hubiese pensado. Me exigió apertura y disponibilidad. Así fue como dos estudiantes que dicen que no les gusta leer y que leen solo por obligación para las materias, terminaron participando en el club de lectura. Yo había salido a la búsqueda hecha encuentro de algo que todavía no existía: adolescentes que no tienen el hábito de leer participando en un club de lectura. Les había leído un cuento en un recreo y a la salida les había pedido que me ayudaran a pegar unos carteles de difusión, sabía que esos momentos iban a ser por sí mismos encuentros y sabía que podían participar en el club de lectura. Buscar lo que no existe es crearlo, es darle existencia a algo que aún no es, pero que le damos la chance de ser en el momento en que lo ideamos. Porque cuando algo aparece en el discurso aparece en la realidad y la palabra se hace en los cuerpos. Me reitero, buscar lo que no existe es crearlo.

Buscando lo que aún no existía pero que empezaba a existir cuando lo pensaba y

cuando iba a su búsqueda de un modo que era encuentro, se fue construyendo una forma de hacer educación social, esa forma que nombraba al inicio. Con esa forma empezó a aparecer la disposición, la voluntad, el interés, la autorización, la respuesta, de un profesor a trabajar juntos en el horario de su materia, de una madre que propone nuevas ideas, de un alumno “fatal” que viene fuera de turno a hablar de las materias bajas, de chiquilinas que dicen que no leen pero que igual vienen al club de lectura (aunque hayan faltado a clase porque no pasan lista por alerta meteorológica), de un cabo del Servicio Geográfico Militar que gestiona una donación de mapas, de las trabajadoras de la biblioteca municipal que preparan lecturas para que las vayamos a visitar con el club de lectura, de un museo que abre sus puertas a una exposición que aún no ha sido inaugurada, de la directora para hacer un paseo el sábado de 18 a 20 horas, del PROLEE que nos dona materiales que no son para liceos, de una profesora que acompaña los paseos cuando son más de diez adolescentes, de un artista plástico que viene a dar una charla desde Progreso un día de alerta naranja, de una profesora que se suma a planificar las actividades de egreso, de las señoras de un residencial de ancianos para que los adolescentes vayan a leerles, y de un largo etcétera que muestra la fuerza de esa forma. Esa forma de buscar que es encontrar, porque imagina lo nuevo e identifica las coordenadas para su existencia. Y en esas coordenadas sucede el encuentro. Un encuentro imprevisible hasta ahora pero posible desde ya.

Fue de esta forma como se suscitaron todos los encuentros durante este año, ideando lo que aún no existía pero creando las condiciones para su existencia. Buscando intencionadamente. Tomando la iniciativa, saliendo a buscar, buscando sin explicar e implicando al otro, configurando las coordenadas de existencia de algo que quería que allí apareciera, de un encuentro que quería que allí suceda.



Esta forma de encontrar vino a remplazar a aquella forma que se centraba en explicar y contar –casi como una carta de presentación- antes de cada encuentro. Esta forma «puede mucho más», esta forma implicó imaginar lo que aún no existía, lo que a ojos de otros actores del liceo era impensable: un club de lectura a contraturno, intergrado, y con participantes que nunca leyeron de forma recreativa. Con la certeza de que articular el trabajo con otros profesionales sería muy enriquecedor pensé en visitar algunas bibliotecas e invitar a algún profesor a sumarse a la propuesta (ya que además, no podía salir sola con todos los chiquilines porque eran más de diez). Otra vez, fue necesario seguir ideando novedades, había que salir a buscar. Una vez más, había que tomar la iniciativa, la timidez y una cierta vergüenza me invadían solo de pensar que iba a invitar y pedirle a algún docente a que nos acompañe

En ese momento ya algo sabía sobre los encuentros: no tenía que contar profundamente los sentidos y fundamentos que yo le atribuía al club de lectura, y mucho menos tenía que explicar qué hace la educación social en el liceo; sabía que ese no era el modo, y sabía también que el encuentro dependía de la búsqueda. Entonces decidí salir a encontrar a una profesora de literatura, yo ya la conocía: le había leído el cuento “la escalera resbaladosa”. Un día la busco en el liceo y le digo que el cuento y los carteles habían cumplido su cometido, que habían venido pila de chiquilines y que estaba muy contenta porque había podido enganchar a algunos que no están acostumbrados a leer o que nunca participan de las actividades del liceo. Le muestro un par de fotos de los primeros encuentros, le cuento las actividades que hice, las que proyecto hacer, y le digo que voy a precisar sus recomendaciones para elegir algunos textos. Ella me acompaña al paseo. De nuevo, lo que hasta ese momento no existía, ahora estaba sucediendo: una profesora que acompaña a un paseo de un club de lectura a contraturno, intergrado, con

estudiantes que no tienen costumbre de leer y a cargo de una educadora social.

Esa profesora es la misma que se fue diciéndome “ta, ta”. Esa profesora con la que ahora me encontré, es la misma profesora con la que me desencontré aquel día en la coordinación. Es la misma persona con la que hoy en día compartimos ideas, pensamos opciones, vemos cómo hacer para que Luciano vaya a casa joven, es quien me pregunta mi opinión sobre una nueva consigna de prueba parcial y me pide apoyo para implementarla, es de quien escucho consejos, es con quien nos motivamos para seguir generando otros encuentros. Es quien probablemente va a estar leyendo este párrafo cuando en fin de año le quiera agradecer por permitirme ser más que aquella respuesta en la coordinación.

Es la misma persona, lo que cambió fue la forma de considerarla y acercarme a ella, la forma en que configuré ese encuentro: la profesora dejó de ser solo la persona que no sabe qué hace una educadora social y yo dejé de ser la persona que trata de explicárselo. La profesora ahora tenía un lugar en una de mis propuestas y yo había salido a encontrarnos allí, aunque ella aún no supiese cuál sería el lugar de una educadora social en el liceo. Yo había aprendido que la cuestión no era esperar a que me hicieran un lugar, no era esperar a hacerme un lugar, tampoco a que me reconozcan un lugar. La cuestión era hacerles un lugar, y dejar de esperar. Porque el encuentro solo sucede cuando al otro le hago un lugar, o mejor, cuando con el otro nos encontramos en un lugar, un lugar intencionado; y es precisamente ese lugar intencionado parte de las condiciones de búsqueda que funcionan como garantía de encuentro. Esta forma implicó dejar de esperar que los otros entendieran el rol del educador social en el liceo y los fundamentos y finalidades de la educación social. Los encuentros comenzaron a suceder cuando dejé de esperar, cuando salí a buscar sin explicar, cuando les hice un lugar sin esperar a que reconocieran el mío como requisito.



En el liceo los encuentros son con otros, y no necesariamente con otros educadores sociales. Y a esos otros, a eso otro, hay que hacerle lugar-buscarlo-encontrarlo, aunque aún no nos reconozcan. Porque aunque “en el liceo no estén los nuestros”, se forman “nuevos nosotros”. Unos nosotros que por más momentáneos que sean, pueden más y mejor que mi yo solitario y permanente.

Pensar que las condiciones de búsqueda son las garantías del encuentro fue exigirme buscar siempre lo más posible, una suerte de saber que hay que buscar infinitamente. Había visto cómo cada encuentro fue fruto de su búsqueda, y había pensado que la única forma de no perder ningún encuentro posible, era tener la certeza de que durante algún tiempo habría un nuevo nosotros, un nuevo encuentro.

. Cuando apareció esta seguridad en las situaciones pero también en mí, empecé a querer ir cada vez por más. A imaginar otros encuentros, más encuentros, distintos encuentros. Me gustaba imaginar, dejar volar la cabeza y pensar lo que parecía imposible; me gustaba también, darme cuenta que a mitad de año imaginaba más y distinto que cuando recién había empezado. Cada pequeña acción había sido la base que me impulsaba a seguir, cada búsqueda, cada encuentro, motivaba al siguiente. Reafirmarse con las propias experiencias del año, era lo que se precisaba para seguir. Confirmarme en esa forma que había encontrado, esa forma que hace los encuentros en las búsquedas, esa forma que crea lo que no existe, fue reconfortante, fue el modo más lindo de vivir la práctica, y a su vez, la forma más operativa de hacer educación social en el liceo.

Fue así como surgió el trabajo en duplas con un profesor de idioma español de los chiquilines sordos, a partir de ese convencimiento, con esa seguridad... En un inicio él también padeció mis explicaciones de los primeros meses, pero luego, cuando por fin cambié la forma,

nos encontramos. Yo había pensado algunas actividades que lo incluían, algunas propuestas que completaban su sentido con su presencia y su actuación. Con esto lo busqué, y con eso nos encontramos En la proyección que hacía de la educación social en el liceo, le había concebido un lugar, le había otorgado posibilidad a un encuentro con otro que durante algún tiempo sería un nuevo nosotros. A partir de allí empezamos a pensar y diseñar juntos nuevas actividades, todas dentro del horario de clase. Ahora sí podíamos intercambiar nuestros fundamentos y finalidades. Para algunas actividades íbamos a precisar un mapa de Montevideo. Otra vez, había que salir a buscar. , entonces le propuse redactar juntos un par de cartas dirigidas a varios lugares: a las oficinas del servicio georreferenciado del MIDES, a la división de geomática de la IMM, al Servicio Geográfico Militar, a la oficina de turismo de la IMM, a la UNASEV. Firmamos las cartas nosotros y la directora. Todos contestaron, inclusive un trabajador del MIDES se ofreció a ayudarnos de forma particular en el diseño digital de los mapas. Un día el administrativo del liceo me dice que hay alguien en el teléfono que pregunta por mí, cuando atiendo un cabo se presenta y me dice que hay una donación lista para el liceo en el Servicio Geográfico Militar, yo agradezco y coordino para ir a buscarla. El día que quedó en ir a buscarla arranca a llover, tengo que ir en ómnibus porque es lejos y fuera de mi horario (porque no logro hacerle entender al administrativo que eso es parte de mis tareas).No tengo ganas de ir, cuando llego un militar que está en un portón me hace pasar, luego otro me atiende y me pide que espere unos minutos, de repente llega otro militar y me dice “usted es la señora Amira? Esto es para usted.” Era enorme, mucho más grande de lo que creíamos, no lograba ver bien el contenido porque estaba envuelto en nylon por la lluvia. Enseguida me alegro y le mando una foto al profesor de idioma español. La alegría se actualiza a las dos semanas cuando preparamos con él un espacio



especial en otro salón, para esperar a los chiquilines que minutos más tarde se entusiasmarían alrededor de un mapa enorme buscando y mostrando “sus” lugares.

Tener la certeza de que a cada búsqueda le correspondería su encuentro fue lo permitió que todo eso sucediera. Si mi punto de partida hubiese sido creer que solo algunas búsquedas pueden ser encuentros, probablemente nada de eso hubiera sucedido. Los prejuicios y significaciones previas, hubieran hecho que esa búsqueda no se realizara porque no se proyectaría encuentro posible... Sin embargo, la certeza estuvo y los encuentros sucedieron, estábamos todos juntos en otro salón: el profesor de idioma español, la educadora social, el grupo de clase, y un mapa que nos dona el Servicio Geográfico Militar. La confianza en el encuentro y en la forma de búsqueda fue lo que definió.

Los encuentros iban encadenándose, un encuentro motivaba la siguiente búsqueda y cada encuentro ampliaba mi imaginación para lo que estaba por venir. En noviembre en el horario de idioma español nos va a visitar la biblioteca Ombú que tiene la colección nacional de historietas, junto al Plan Nacional de Lectura. Un nuevo encuentro, algo imprevisible. Con la biblioteca ya me había encontrado, en vacaciones de setiembre fui con un grupo de estudiantes a leer la historieta “Tupamaros: la fuga” a la puerta del shopping Punta Carretas y luego a visitar la biblioteca que está en el Museo Zorrilla. Ese día nos hicieron la visita al museo, nos mostraron una exposición que se estaba preparando y después cruzamos a la rambla a hacer una merienda compartida y remontar cometas que ellos tenían. La historieta que leímos me la habían regalado ellos en un encuentro de Booktubers, al que había ido hacía más o menos un mes con otro grupo de estudiantes. Así, una búsqueda y un encuentro devenía en nuevos encuentros, y estos se multiplicaban. Esa actividad fue un sábado de 18:00 a 20:00 horas, Para

poder ir a ese encuentro, era necesario en esos tres días hacer otras búsquedas que tenían que ser encuentro: con la directora y su apoyo, con los padres y su autorización, con los chiquilines y su interés (no eran los del club de lectura). Esa primera llamada a la biblioteca Ombú fue a raíz de una recomendación de las bibliotecólogas de la biblioteca Horacio Quiroga (cuando les pregunté acerca de las historietas), un día que había ido de paseo con el Club de lectura. A ese paseo me acompañó la profesora de literatura. A esa biblioteca llegué después de una entrevista con la directora del Servicio de Bibliotecas Municipales de la Intendencia. A esa entrevista llegué, porque un día en vez de seguir contando qué es lo que podríamos hacer, salí a buscar sabiendo que iba a encontrar No sabía que iba a suceder todo aquello después, no sabía que cada encuentro me impulsaría a una nueva búsqueda, y tampoco sabía qué encuentros me serían propuestos, qué encuentros se generarían, valga la redundancia, después del encuentro. Porque está claro que los encuentros que mencioné dependieron de su búsqueda, de un particular modo de configurarlos, y eso es lo que estuve queriendo mostrar hasta ahora. Pero es cierto también, y no quiero dejar de mencionar, que hubo otro montón de bellísimos encuentros que no los planifiqué, que no dependieron de mí, que surgieron del otro o que se construyeron conjuntamente. Pero esos otros encuentros no nos exigen salir a buscar, tomar la iniciativa, crear, construir, esos encuentros nos exigen estar, estar disponibles a ser encontrados, cierto estado de recepción y sensibilidad para detectarlos. De profesión, educador social; de oficio, acontecista. El oficio como una “ocupación habitual” (RAE), una forma de hacer la profesión. El subfijo ista “forma sustantivos que designan generalmente a la persona que tiene determinada ocupación” (RAE). Del mismo modo que moda-modista, taxi-taxista, acontecimiento-acontecista.

Ser acontecista de oficio es una expresión que me permito inventar porque me gusta cómo pretende mostrar un modo



de hacer educación social en los liceos, un oficio sostenido por una profesión. El acontecista es quien se ocupa de que los acontecimientos (esos eventos de distintas formas que interrumpen la rutina con efectos y alcances difícilmente calculables), precisamente, acontezcan. Que algo suceda, acaezca, se materialice.

Hacer que pasen cosas. No digo hacer que las cosas pasen, no me refiero a lo que está dado que tiene que pasar, ni siquiera digo generar las condiciones para que las cosas pasen. Sino hacer que pasen cosas. No las cosas, esas, las ya nombradas, las que están, las que deben estar, las que estuvieron y circunstancialmente dejaron de estar; sino otras, nuevas, distintas, no esperadas. Hacer que pasen cosas que aún no existen, pero empiezan a existir cuando las pienso, cuando busco y entonces encuentro, los quiénes, los cuándo, los dónde, y los con qué.

Cuando los educadores sociales entramos a los liceos pasan cosas. Porque donde no había, ahora hay; porque donde ya había, ahora hay distinto. Porque sabemos que encontrar es buscar algo que (aún) no existe para que (ya) exista.

Y entonces llegué a cierto punto del camino y lo supe:

definitivamente, “se pueden más encuentros” de lo que creía.

Lo duro, es que ese punto del camino era setiembre, casi al terminar;

lo lindo, es que ese punto del camino era antes de egresar, casi al empezar.

